

HOMILÍA
Domingo II de Cuaresma.
Gn 12, 1-4a

a. Contexto

El Génesis, igual que otras partes del Pentateuco, aparece en el A.T. como obra de Moisés (cf., p.ej., también, Ex 24, 4: el código de la alianza, o Dt 1, 1ss., el discurso que da pie a la legislación judía).

Con todo, el origen postexílico (tras el destierro de una parte de Israel en Babilonia, s.VI a.J.C.) de la redacción del Pentateuco resulta patente, si bien la autoridad de Moisés otorga valor a toda la obra.

Hoy día la última redacción del Pentateuco, discusiones de especialistas aparte, sustenta la lectura eclesial, pastoral y hasta homilética del mismo, sobre todo desde el último cuarto del siglo XX en adelante.

Respecto al Génesis, la vocación de Abrahán, que este Domingo nos ocupa, se enmarca en un tema teológico amplio, como en los textos del Pentateuco, en general: la promesa de Dios, hasta su pleno cumplimiento.

Se trata de una serie de historias (los ciclos de los Patriarcas) vividas en el Gn. con criterios de fe, en clave teológica, que condensan experiencias religiosas de las generaciones anteriores al postexilio.

El cumplimiento de las promesas de Dios expresadas en esta literatura, que para nosotros cristianos se da en Cristo, aporta razones más que de peso para valorar el A.T. en la Iglesia.

Éste se presenta como la madre, el seno donde nace la fe cristiana: por eso es la Iglesia donde recibe aquél su pleno sentido de Revelación, en perspectiva cristiana.

Vale recordar aquí que los 11 primeros capítulos del Génesis (su primera parte) encierran toda una visión teológica de los orígenes del mundo y de la humanidad, en clave religiosa, en Dios.

No se trata de una explicación científica (ésta es de otro ámbito, sin que haya contradicción alguna, claro). La segunda parte del Génesis (cf.Gn 12-50) da su inicio a las intervenciones de Dios en el pueblo de Israel.

Se trata de su presencia providente. Tampoco se trata de una rigurosa exposición histórica, sino de un planteamiento teológico. Vamos a asistir ahora a los primeros contactos con Dios que experimentan los Patriarcas.

Son Abrahán, Isaac, Jacob. Los episodios de sus respectivas peripecias biográficas constituyen el verdadero vehículo de la salvación que Dios ofrece a los hombres, a todos los pueblos del mundo.

Aparece que el primero de los elegidos es Abrahán, llamado en clave de invitación a romper con su pasado (cf. Gn 12, 1), para indicar que la gracia, el regalo gratuito de Dios constituye la única base de la salvación.

b. Texto

La clave del ciclo de Abrahán se cifra en la espera de un hijo que colme las esperanzas del padre (Abrahán). El nacimiento de Isaac, forma el desenlace esperado, más allá de las condiciones humanas normales.

La invitación al sacrificio del hijo esperado, Isaac, es una expresión de la dramatización de la confianza de Abrahán en Dios, una verdadera puerta para la entrada de las promesas de Dios (cf. Gn 23).

Por eso el ciclo esboza la figura del creyente con una fe como la de Abrahán, será heredero de tales promesas de salvación por parte de Dios, hasta llegar Cristo, según lo desarrolla Pablo (cf. Gal 3, 15ss., p.ej.).

En este pasaje resplandece Dios como dador de la vida, en una clave que supera toda ley, todo contrato entre iguales. Se da una alianza, pero la iniciativa es de Dios, que aporta los bienes de la herencia, sus bendiciones.

El hombre responde a ese don con la fe, con confianza que en la lectura que hace Pablo (cf. Rom 6; Gal 3-4) del A.T., es también fruto de la gracia de Dios, respetada la libertad del hombre.

Así, tras la desgracia que conlleva el esfuerzo humano para llegar a Dios: torre de Babel (cf. Gn 11), la elección de Dios, como la vocación de Abrahán, manifiesta el estilo de Dios, de la de gracia salvadora.

Los bienes de Dios se centran a partir de Gn 12, en la posesión de la tierra y en la descendencia, que garantizan la posesión de la promesa hasta la llegada de Cristo. Se trata de la lectura *plena* del A.T. desde el Señor.

c. Para la vida

¿Qué se te ocurre pensar que subyace a la obra de Dios en nosotros, hermano/a? ¿No crees que el diálogo libre y responsable con esa Palabra de Dios, incluida la manifestación de las dificultades que surgen en el camino?

Así lo hizo María (cf.Lc 1): *¿Cómo será eso, pues no conozco varón?* El regalo salvador de Dios no te va a dejar pasivo, ni desprotegido interiormente, como el adolescente atiborrado de cosas por sus padres.

A ese adolescente los progenitores querrían verlo contento a base de dádivas, sin conseguirlo nunca: no, porque el adolescente se está afirmando a sí mismo desde el descontento y la protesta como medio principal.

No es ése el regalo de vida que Dios nos trae, hermano. A Abrahán se le exige renuncia, porque lo que cuesta, vale, y porque la plenitud de todo lo que Dios le ofrece es incompatible con estar ahído de ‘cosas’.

A ello se une el dejar, o sea, superar la *casa paterna*. Estarás de acuerdo en que la tierra prometida es la fraternidad con aquéllos a quienes se nos envíe o con quienes nos toque vivir. O sea, que se abren las perspectivas de una esperanza para todos en Dios.

Merece la pena despojarse, para tener agilidad para el servicio del Reino, no por ‘castigarse’ y tener ‘más mérito’. A estas alturas, ¿hay quien aplique criterios mercantiles a la llamada de Dios? ¡Me temo que sí...!

La fe cristiana, respuesta a la gracia de Dios cuando se cumplen las promesas en Cristo, sólo nos pide madurez humana, tener el listón de la personalidad muy alto, libre de ataduras, nada más y nada menos.

Eso no tiene nada que ver con despreciar el valor de la amistad, los lazos familiares, la cultura en que hemos nacido, ni nada por el estilo. Sino que es anunciar y vivir el mensaje cristiano, rompe fronteras: así, sin más.

Pero siempre abiertos, en positivo, dispuestos a hacer amistad, estilo de vida con nuestros hermanos nuevos. Ser capaz de todo eso es parte de las bendiciones que Dios trae a los que siguen su voluntad (cf.Gn 48, 20).

También para nuestro tiempo se ha predicado el mensaje de la cruz de Cristo, hermano/a. Ya Abrahán había entendido la llamada de Dios, y *partió*, como le había dicho el Señor (cf.Gn 12, 4).

El mensaje es claro. Dios nos espera en la encrucijada del camino:
allí nos dará el abrazo de bienvenida, ¿vale?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
-antoniorojas.sdb@gmail.com-